

## Una Larga Escalinata

*You become what you always were - a very big fish.  
Will Bloom in "The Big Fish"*

Soy docente por descarte. Nunca tuve el ánimo de ser profesional y la idea de formarme académicamente para alguno de tan ostentosos títulos era, en mi caso, una utopía. Terminé el bachillerato sin ser brillante, pero algunos encuentros ocasionales con la lucidez, me bastaron para crear un aura muy parecida a la del talento o la de la inteligencia. Aquello se debió, muy probablemente, a mi contacto precoz e involuntario con el amor y la literatura. Primero fue mi profesora Rubiela. Ella solía leernos fragmentos de la biblia, de novelas cortas, lo mismo que cuentos y fábulas, y dado que para ese entonces mi animadversión por la escuela era evidente, escucharla leer y hablar sobre Melquisedec, El Principito, los hermanos Caín y Abel, Alicia, Moisés, y el mismísimo Jim Hawkins, era un bálsamo hipnotizador. Creo que sin saberlo terminé confundiendo y mezclando el amor por ambas, pues enamorado de mi profesora fue inevitable no enamorarme de la literatura.

Luego vino la soledad. Pero no la soledad de los adultos, esa soledad trascendental que lo asoma a uno a los ojos de la muerte. No. Solo la soledad de la biblioteca de mi colegio. A los 11 años – justo cuando empezaba el bachillerato- el salón de la escuela seguía resultándome apenas soportable y desde e la primera oportunidad busqué la forma de escaparme. Así fue cómo, durante varios años y con el fin de no estar en el salón de clase, ayudé con el servicio de biblioteca en el colegio. Lo hacía dos o tres veces por semana durante las clases de religión, de mecanografía, o de ética.

–Le encargo el negocio Orlandito. Si pasa el rector o el coordinador sumercé les dice que estoy en el baño y luego me va a buscar donde Gertruditas –

Así se deshacía de su obligación la bibliotecaria antes de ausentarse y abandonarme a mi suerte. Yo, una vez me cansaba de esperar a que alguien viniera a pedir libros, me adentraba en el cuarto donde se encontraban todos arrumados en estantes de hasta seis niveles. Desde el comienzo quise mirar los que se encontraban en lo más alto, pues suponía que allí encontraría revelaciones prohibidas para niños como yo. Nunca fue así. Más encontré mundos más tentadores. Revelaciones insospechadas. Con muy pocos años, caí en el embrujo de algunos poemas lo mismo que de algunos cuentos y de algunas brevísimas novelas. Para entonces, las clases de español y de filosofía se hicieron soportables, pues de cuando en cuando, por alguna razón, al profesor de turno le parecían oportunas algunas de mis escasísimas intervenciones. Por supuesto que no era -y sigo no siéndolo- un lector asiduo, pero sí, apasionado. Había allí, en la lectura, personajes irresistibles, lugares fascinantes, experiencias completas que a veces confundía con lo que la mayor parte del tiempo llamaba *realidad*.

Mark Twain me dio una de mis primeras excusas para aventurarme de manera temeraria en esa locura que conocemos como literatura. Muchas veces personifiqué a Tom Sawyer, mientras el río Mississippi era reemplazado por el río Sumapaz, y Huckleberry, era suplantado por el huesudo hijo de doña María, Breiner. A mi papá también lo encontré a través de la literatura. Siempre hubo barreras insuperables, puentes colgantes que el miedo y la inseguridad nunca me

permitieron cruzar. Pero Santiago, el viejo pescador con el que Hemingway me entretuvo tantas tardes, terminó ayudándome a ver a mi papá, a considerarlo, a quererlo a pesar de lo poco que lo conocía. A mi mamá la conocí a través de Benedetti, o más bien a través de *Abrigo*, uno de sus poemas.

Así me hallé un día frente al cabo Giraldo, el desaliñado comandante del grupo de auxiliares bachilleres del distrito 41.

- ¿Entonces usted dice que le gustaría servir como secretario?
- Sí, mi cabo- respondí en un tono apenas audible.
- Pues con ese tonito nada le vendría mejor, Sánchez, pues en la calle se necesitan varones.

Aunque creyó que me ofendía, no lo hacía en realidad, pues de los servicios en la calle el único que me atraía era el de patrullar por el desvencijado terminal, primero porque doña Cecilia, la dueña del carrito de limonada –consciente del calor infernal de esa zona al mediodía- ofrecía dos o tres vasos de limonada con hielo a los auxiliares que anduvieran por allí. Y segundo, porque a medio día salían todas las niñas de la escuela, lo que aseguraba 10 ó 15 minutos de contemplación sin compromisos, sin palabras, sin falsas apuestas. Valga aclarar que para este momento solo quedaban vestigios de mi primer amor. Por lo demás, prefería el anonimato de la secretaría, ello me aseguraba más tiempo para almorzar y menos tiempo para deambular por las polvorientas, lentas y humeantes calles del pueblo.

- Yo me defiende escribiendo y redactando, mi cabo. No tendrá queja de mí.

Y así fue. Los primeros cuatro meses de mi servicio militar transcurrieron entre informes, minutas, y reportes. Es cierto que en algunas ocasiones me cuestioné por haber escogido esa minúscula y acalorada oficina, única en su clase, con dos ventiladores, uno de techo y otro de escritorio, pero ambos inservibles, ambos indolentes con quienes soportábamos como quijotes el calor abrasador del medio día. Y al otro lado del cristal, la calle, con sus ruidos de vida, de mujeres, de alboroto, de música de cuerda. Más yo superaba esa desazón deslizándome, a medio día, hasta la terminal. Una vez allí, inventaba una excusa y entablaba conversación con los auxiliares que jugaban picas y fijas recostados sobre el poste del único semáforo del pueblo, mientras la mañana se llevaba su aire fresco y llegaba el medio día reclamando esa tierra árida y desesperanzadora. No obstante, ahí mismo, bajo esa llamarada rojiza, se manifestaba la vida. De a poco empezaban a aparecer las niñas de la escuela, todas distintas, todas bonitas, todas indiferentes a esa braza indolente, todas con la frescura de sus pieles acarameladas por ese mismo sol. Primero eran unas pocas, luego eran más, luego uno ya no sabía a dónde mirar. Y así, bebiendo limonada con hielo y viendo a las niñas pasar, saciaba uno la sed de cuerpo y la sed del alma.

Así fue hasta el día en que recibí una carta del alcalde dirigida al comandante de la estación de policía. Si el sobre carecía de un sello que exigía confidencialidad yo tenía el derecho y la obligación de ponerme al tanto de lo que contenía aquella misiva. De esa manera me enteré de primera mano y en primer lugar, de la urgencia con la que solicitaban la colaboración del Cabo Giraldo, comandante de los auxiliares bachilleres, para que asignara a tres de ellos para efectuar el correspondiente reemplazo temporal de tres docentes; uno en la vereda *La Cajita* y otros dos

en la vereda *Las Águilas* durante lo que quedaba del año escolar. El comunicado describía las cualidades que debían poseer de los auxiliares nominados y aclaraba, entre otras cosas, que por su seguridad no debían llevar el uniforme, y sugería que, durante el tiempo que permanecieran de servicio en las escuelas, no se les obligara a asistir al comando de policía –salvo los fines de semana- lo anterior justificado en las múltiples tareas que tendrían que desempeñar.

Fue un premio impensado. Aproveché la poca estima en que me tenía el cabo Giraldo para nominarme y obtener uno de los boletos de escape. Fue así como muy pronto me hallé frente a 12 ó 15 niños y niñas de entre 8 y 10 años de grado tercero de la vereda *La Cajita*. Durante el medio año que asistí en calidad de profesor temporal a esa escuela, reaprendí conceptos de las ciencias naturales y de ciencias sociales. Hallé nuevas formas de aprender las operaciones matemáticas esenciales, me vi obligado a leer y comentar la biblia, lo que inevitablemente me hacía recordar a mi profesora Rubiela. Desarrollé una habilidad –hasta entonces oculta- para dirimir conflictos de diferente índole: amorosos, académicos, territoriales, religiosos, espirituales e incluso hormonales. No obstante, nunca logré superar mi animadversión por los salones de clase y las reuniones de profesores, espacios en lo que yo me limitaba a dar opiniones breves pero ineludibles o hacer intervenciones imprescindibles. En cambio, cómo disfrutaba los recreos y las clases de educación física. Jugué incontables partidos, muchos de ellos de mundiales, de copas libertadores, semifinales y finales. Sin ser el referee, me encargué en muchas ocasiones de hacer justicia con los que –como yo en mi primera infancia- siempre perdían. No actuaba como niño, era niño. Hice nuevos amigos, creamos vínculos a través de lenguajes vedados para los adultos y me di cuenta que había sido niño dos veces. Claro que también había buscapleitos, perezosos, malcriados, groseros, pero quizás por la novedad de ese mundo redescubierto, muchas veces me mostré paciente, contemplativo y sobre todo comprensivo.

Siempre se me criticó lo distraído. –Orlando, deje de andar pensando en las del gallo. Un día de estos va a pasar un ventarrón y como –nunca anda en la tierra pues se lo va a llevar-. Así fue. Un día yo ya no estaba en la escuela con los niños de tercero sino frente a una reja en la entrada de la universidad Distrital. Honestamente no sé cómo pasó. Solo un día estaba ahí, parado frente a un cartel en el que *se informaba a la comunidad interesada sobre los programas de pregrado ofrecidos por la universidad en Ingeniería, Docencia y Tecnología*. Luego de corroborar el resultado en las pruebas ICFES, más el 10 % de ese mismo puntaje por haber prestado el servicio militar, el total me permitía inscribirme bien en los programas de educación o en los de tecnología.

Creo que al vigilante que estaba cuidando la reja le extrañó todo el tiempo que yo permanecía frente al cartel. Varias veces utilizó su *Walkie-Talkie* con un volumen que yo juzgué exagerado para hacerme notar que no estaba solo. Muchos jóvenes vinieron, algunos solos, otros, acompañados, hacían comentarios, tomaban nota, y seguían. Yo, entretanto, seguía allí, de pie frente a mi futuro. Nunca había meditado con respecto a él y quizá por eso me resultaba tan poco familiar. Leí detenidamente los nombres de las tecnologías ofertadas: Ambiental, Topográfica, Mecánica. Nada. Infortunadamente mi desconocimiento era tal, que las impresiones que me hacía de cada una de ellas me resultaron vergonzosamente limitadas. Así que, animado por el deseo de cambiar cualquier impresión equivocada que el celador tuviera de mí, decidí

interrogarlo sobre el contenido y las posibilidades de empleo para alguna de esas opciones. Cuando terminé de formular mi pregunta él me contestó claramente y sin vacilar:

-¿Ah?-

Decidí volver sobre el cartel y leer las carreras ofrecidas por la Facultad de Ciencias de la Educación. Tal vez sería un profesor. Entonces leí: Licenciatura en Pedagogía Infantil, en Ciencias Sociales, en Física, en Lingüística y Literatura, Licenciatura en Matemáticas, en Lenguas Modernas, en Química. En este campo mis conocimientos me resultaron más prácticos. Sabía qué significaba licenciatura, pues la mayoría de mis profesores habían sido licenciados. En cuantos a los diferentes tipos, no me costó mucho imaginarme qué implicaba cada uno, ello, debido a que los recuerdos de mi vida escolar aún se conservaban frescos. No obstante, ningún nombre bastó para seducirme. Tomé nota de cada uno y me senté en un raquíto pupitre justo al lado del celador, quien para entonces ya se había acostumbrado a mi presencia y había dejado de usar su *Walkie-Talkie*. Luego leí con detenimiento y descubrí que todos los programas comprendían una extensión de cuatro años, todos eran en esa sede, todos otorgaban el título de licenciado, todos costaban lo mismo y todos tenían los mismos requisitos.

Cuando comenté estas consideraciones con el celador, éste no se sorprendió en absoluto y hasta me pareció que le resultaron elementales, sin embargo, para mí eran revelaciones que debían meditarse. Fue entonces cuando recordé que en la escuela los niños de tercero me habían enseñado una fórmula justa para repartir los jugadores del fútbol, incluso los más malos. Dicha fórmula consistía en agrupar a todos los que deseaban jugar de acuerdo con sus condiciones. En un grupo quedaban los más hábiles; en otro, los que poseían las imágenes mentales del buen jugador, pero que fracasaban al ponerlas en práctica; mientras en el último grupo quedaban los más malos, que eran casi todos. Entonces aplicaban el descarte. Dos de los jugadores más malos, por llamarlos de alguna forma, pedían por turnos y hasta agotarlos, los jugadores del que había sido su grupo. Luego continuaban con los mentalmente buenos pero físicamente limitados, para terminar eligiendo a los mejores. De esta manera todos jugábamos. Todos nos sentíamos importantes. Indispensables. Todos.

Eso hice con los nombres que había escrito en una desgastada libreta que mi abue me había obligado a llevar. –Por lo menos lleve algo en qué anotar, y mijo, que Dios me lo bendiga – me había dicho antes de empujarme a la vida.

Las primeras que descarté fueron aquellas que yo suponía inundadas de números: Licenciatura en Química, en Física, y en Matemáticas. Luego seguí con Licenciatura en Ciencias Sociales, pues de mi clase de sociales recordaba claramente al profesor Vladimir, un hombre desordenado y ansioso que solo hablaba de Jorge Eliecer Gaitán como si hubiese sido su abuelo. Luego eliminé Pedagogía Infantil, pues el nombre me sugería la imagen de un niño cuidando bebés y cambiando pañales. Luego, como ha sido tantas veces, una disyuntiva, un dilema. Por un lado, la literatura me había seducido ya, pero la lingüística me generaba desconfianza. Por el otro, Lenguas modernas era un nombre simple, sencillito, natural. Yo lo asociaba básicamente con la lectura y la discusión. Decidí no consultar a nadie, ni siquiera al celador, quien para entonces se hallaba al tanto de mi indecisión.

Entonces una revelación. Una coincidencia cósmica que yo interpreté como un mensaje del universo.

-Y ¿ya sabes qué vas a estudiar?-

- Claro. Licenciatura en Lenguas Modernas. Una prima va en tercer semestre y dice que le encanta

-¿Una prima tuya? ¿Cuál? ¿Johana?-

- No. Rubiela. La hija de mi tío Néstor.

Las chicas se alejaron sin siquiera notar mi presencia y dentro de mi poco ya se habían perdido dentro de la muchedumbre de jóvenes que subía por la eterna escalinata que los conduciría desde la reja hasta su futuro. Allí lo supe. Estudiaría Lenguas Modernas y sería profesor, así como Rubiela, no como la prima de la chica que acaba de subir, sino como mi profesora, mi profesora Rubiela.